

FILMS DE AMOR

50 Cents.



FITZMAURICE, George

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 16

B A R C E L O N A

Man and the Moment, 1928
El Hombre y el Momento

Adaptación cinematográfica de la famosa novela de ELYNOR GLYN interpretada por los populares artistas

BILLIE DOVE - ROD LA ROCQUE

Versión novelesca de E. MOLDES

Producción dialogada y sincronizada
de la célebre marca

FIRST NATIONAL
EXCLUSIVA DE
CINEMATOGRAFICA

VERDAGUER, S. A.
(Control Cines)

Vía Layetana, 53 Barcelona

REPARTO

Miguel Towne ROD LA ROCQUE
Julia Winslow BILLIE DOVE

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

otnamom la y endmoll E

Una bahía luminosa de la Florida. ¿Santa Bárbara? ¿Miami?... El nombre no hace al caso. En todas ellas el sol brilla con fuerza casi tropical y las arenas de la playa extienden junto al mar su larga cinta blanca; en todas ellas hay un bello fondo de palmeras, y el aire es tibio y suave como una caricia.

En el mar, lejos de la playa, un yate blanco. Un yate moderno, grande, cómodo, de millonario. De él parten y ascienden en el ambiente encalmado notas alegres de "jazz". Se baila, a pesar de ser una temprana hora matinal. Pero allí no importan las horas. Gente joven y de buen humor, la que llena el barco, se baila al almorcizar, al comer, al cenar... y hasta suponemos que al dormir.

Los invitados de Miguel Towne, que es el propietario del yate, se distinguen particularmente por la simplicidad de su indumentaria. Una indumentaria a lo Adán y Eva, poco

más o menos. Predominan los "maillots", y no faltan los pijamas.

Con tan reducido indumento, los pollos "fruta" y las chicas "bien" que se hallan reunidos, en grata promiscuidad, sobre la cubierta del yate, bailan unos, juegan otros a las cartas, algunos cantan canciones lánguidas acompañados por un pequeño guitarro hawaiano, y los demás se apoyan en la barandilla de babor, contemplando un espectáculo que, a juzgar por sus exclamaciones, debe de llamar poderosamente su atención.

La cosa no es para menos. En el gran espejo de la bahía, quebrándolo con sus rápidas evoluciones, se mueven cuatro, seis lanchas motoras, con celeridad tan extraordinaria, que la vida de sus ocupantes se halla en serio peligro. Juegan al "Polo Boat"; un juego que tiene por horizontes la clínica o la casa de socorro.

El "Polo Boat" es igual que el "Polo" terrestre. Consiste en lanzar al agua una gran pelota y moverla por medio de largas pértigas, que empuñan unas lindas damitas, esculpturales en sus "maillots", las cuales se mantienen milagrosamente en pie sobre la proa de la lancha, mientras su conductor hace evolucionar la embarcación como si fuera una jaca dócil a las riendas.

En una de estas embarcaciones, empuñan-

do el volante, se encuentra Miguel Towne, el propietario del yate. Es un muchachote alto, fuerte y sano. Y, sobre todo, muy alegre. La alegría le brota por todos sus poros y se cristaliza en la risa perenne que baila en sus labios.

Miguel Towne ha venido al mundo para reír y disfrutar. Hijo de un millonario que, al morir, le legó la enorme fortuna acumulada con su trabajo, el muchacho, terminados sus estudios, se entrega al placer de vivir, sin otras preocupaciones, sin otros cuidados.

No sabe que en el mundo hay dolores y miserias. Para él, la vida es sólo un juego entretenido, como aquel "Polo Boat" a que se entrega con verdadero placer.

Por eso, Miguel Towne, con su alocamiento, con su generosidad, es presa fácil para las mujeres que, por conocer todas las facetas de la vida, las hermosas y las desagradables y las crueles, se sienten dominadas por la ambición, convencidas de que la riqueza es la gran panacea, la piedra filosofal, la lámpara de Aladino, que todo, hasta lo más lejano y difícil, lo pone al alcance de la mano.

Una de estas mujeres es Flora Hatfield. Rubia—¿cómo no?—, hermosa y dominada por el ansia de vivir y de gozar. El destino, que gusta de burlar las aspiraciones de los seres humanos, le dió la mediocridad en vez

de la fortuna, casándola con un hombre que no podía satisfacer sus deseos de lujo. Se acabó el amor en los primeros tiempos del matrimonio, y quedó la ambición insatisfecha.

En tales circunstancias, Flora conoció a Miguel Towne y quedó deslumbrada por el brillo de sus millones. ¡Un hombre así era lo que ella necesitaba! Millonario, y por añadidura, joven, pródigo y alegre...

No paró hasta llamar su atención y llegar a ser su flirt. Miguel se dejó conquistar sin resistencia, pero también sin entusiasmo. Flora le atraía con su desparpajo; era elegante y dicharachera; le gustaba divertirse, y jamás ponía reparos a algún proyecto de Miguel, por descabellado que fuese. No se quisieron. Se soportaron. Los unió el hábito de verse a todas horas, en los mismos sitios; de conversar frívolamente o de correr juntos los azares de alguna aventura peligrosa.

En la cubierta del yate de Miguel Towne, Flora Hatfield jugaba al "bridge" con su hermano Polito y dos muchachas encantadoras.

Polito era lo que en la jerga de última hora se llama un pollo "cañón". Andaba el hombre alrededor de los cuarenta, y en su vida no había hecho otra cosa que colgarse a las espaldas de algún amigo poderoso y, más particularmente, de su hermana. Era su guía y su mentor. Le importaba muy poco cómo Flora conseguía el dinero, con tal que él pudiese gastarlo a su antojo.

Era un magnífico especimen del perfecto parásito. Como toda su vida se había deslizado entre juergas y diversiones, su opinión era de peso cuando se trataba de organizar una manera de matar el tiempo. Y él conocía los lugares "de trueno", donde se podían romper platos y vajilla sin que nadie pusiese mala cara, siempre, naturalmente, que se pagasen los vidrios rotos; y sabía hacer

los "cocktails" más complicados; y conocía a las chicas del coro que se prestaban a dar un paseo en auto... para quedarse luego en plena carretera. Por eso, Polito era insustituible en las pandillas de la gente de bronce.

En el momento de presentarlo a nuestros lectores, el hombre bebía un sorbo del contenido de una copa que un camarero acababa de servirle, y después de paladearlo, esbozando un gesto de disgusto, dijo a su hermana:

—¡La verdad es que sólo hay en el mundo una cosa peor que las bebidas de Miguel!

—¿Cuál? —preguntó Flora.

—Tu marido.

—No estoy conforme.

—¿No?

—Encuentro que mi marido es más difícil de tragarse que estas bebidas.

Se rieron, y Flora, apoyando una mano sobre el brazo de su hermano, le dijo confidencialmente:

—Habrá bebidas mejores que éstas en el yate cuando yo obtenga mi divorcio... y me case con Miguel.

—Dios te oiga, hermanita!

Se levantaron y fueron a asomarse a la baranda de babor, sobre la que se hallaban acodados ya no pocos curiosos.

El partido de "Polo Boat" se hallaba en

su apogeo. Ya se habían caido al mar, sin otras consecuencias que el susto y el remolón consiguiente, dos o tres muchachas, y se habían averiado algunas lanchas de las que tomaban parte en el "match". El regocijo era general. Cada incidente era acogido con aplausos y hurras por los jugadores y por los espectadores del yate.

Flora, utilizando los codos y las sonrisas, había conseguido colocarse en un puesto de primera fila, desde el cual enviaba besos a Miguel Towne, cuando éste, en una de sus vertiginosas evoluciones, se tomaba la molestia de dirigir la vista al yate y lanzar una de sus carcajadas estentóreas, que apagaban el ruido del motor.

Aquel puesto suyo podría ser, para un observador superficial, el balcón de Julieta, pero en realidad, era la garita del centinela.

Flora Hatfield vigilaba a su flirt con los múltiples ojos de Argos, sabiendo por propia experiencia que el mundo está lleno de "castigadoras", y que las "castigadoras" en "mai-lot" son muy peligrosas.

Nada más fácil, en efecto, que una de aquellas muchachas del "Polo Boat", más jóvenes, más ágiles y más hermosas que ella, le arrebatase, con sus poses de sirena, el Becerro de Oro que ella adoraba. Lo cual era un grave peligro para su porvenir.

Una de sus compañeras de "palco" debió adivinar sus pensamientos a través de la máscara de frialdad e indiferencia que cubría su rostro, por cuanto le preguntó con una sonrisa que era un puñal:

—Vigilando, ¿eh?

—No... sólo viendo—respondió Flora con sonrisa igual.

—¿Puede hacérsete una pregunta?

—Todas las que quieras.

—¿Qué opina tu marido de todo esto?

—Es una cosa que no me preocupa en lo más mínimo.

—¿Sigues pensando en divorciarte?

—Mi abogado está ya tramitando el divorcio... Pronto seré libre. Y entonces podré hacer un hombre moral de mi flirt de ahora.

Terció Polito, con su filosofía de parásito:

—Un hombre con tantos millones como ese chico, no puede ser nunca inmoral.

—Tu serás el administrador de esos millones, ¿verdad, Polito?—preguntó con sorna la muchacha que había iniciado el diálogo.

—Di más bien su "reventador"—respondió cínicamente el cuarentón.

...y el avión voló sobre la lancha de Miguel Towne. La muchacha se quedó sin aliento, pero el hidro aterrizó con suavidad en el agua, y el piloto se desabrochó la chaqueta y se quitó el sombrero.

III

Repentinamente, las miradas de los espectadores del "Polo Boat" se desviaron del mar y se dirigieron a lo alto. Se oía en el cielo el bordoneo de un motor, y en la limpidez de la atmósfera se divisó perfectamente un "hidro" que evolucionaba sobre el yate.

Por un instante los jugadores desatendieron también su juego para contemplar al pájaro de acero, y, satisfecha su curiosidad, volvieron con nuevos bríos a perseguir a la pelota. Pero al cabo de unos segundos, la muchacha que iba de pie sobre la proa de la lancha de Miguel Towne, dijo a éste:

—¡Mira, Miguel! ¡Parece que ese "hidro" no funciona bien!

—Sí—respondió el millonario—; debe de tener alguna avería en el motor.

—¡Con tal que no nos caiga encima!

Aún no había acabado de decirlo la muchacha, cuando el hidro entró bruscamente en barrena y fué a caer precisamente al lado



El aviador era una mujer,
que aterriza su hidro sobre la proa de la lancha de Miguel.

mismo de la lancha de Miguel, poniéndola en grave peligro de zozobrar.

Pasado el consiguiente sobresalto, el propietario del yate saltó al "hidro", que flotaba ahora apaciblemente sobre las aguas, con el propósito de socorrer al aviador que lo ocupaba.

En efecto, junto al volante, cubierta toda la cabeza por el casco y las gafas, estaba el piloto, desvanecido, al parecer.

Miguel le desabrochó la chaqueta e intro-

dujo su mano por la abertura, a fin de comprobar si el corazón altía. Y entonces la sorpresa se reflejó en sus ojos.

¡El aviador era una mujer!

Se apresuró el joven a librarla del casco y de las gafas, y quedó a la luz del sol el rostro femenino más bello que Miguel había visto.

En su atalaya del yate, Flora Hatfield no pudo disimular un movimiento de contrariedad, y Polito puso a la situación un comentario irónico:

—¡El hombre de la suerte ese Miguel! ¡Le caen chicas hasta del cielo!

Su hermana le contestó agriamente:

—No dices más que tonterías!

Mientras tanto, en el hidro, la desconocida aviadora abría los ojos, miraba a su alrededor y hacía la pregunta de ritual:

—¿Dónde estoy?

—Está usted entre amigos—le respondió Miguel; y mostrándole la animación de aquella zona, añadió, señalando primero a las lanchas, después al yate—. Todos esos muchachos y todas esas muchachas que usted ve, forman parte de mi pandilla... Aquel es mi yate. En él podrá usted reponerse del susto.

—No, muchas gracias. Sólo quisiera que me ayudase usted a salir de aquí.

Un momento después, la muchacha caída



Julia Winslow

del cielo estaba en la canoa de Miguel, quien, empuñando el volante, la atracó al yate.

—Me llamo Miguel Towne—dijo el joven, a guisa de presentación—, y estoy en absoluto a sus órdenes.

—Gracias. Mi nombre es Julia Winslow.

Se volvió el millonario a sus amigos del yate y les gritó:

—Decid a un camarero que baje algo de beber!

Fué obedecida la orden en el acto, y mien-

tras uno de los camareros del yate se dirigió prestamente a la escalerilla con una botella de "whisky" y una copa de cristal tallado, Flora se acercó a Polito y le dijo al oído:

—Ve a atenderla tú. No convienen las intimidades.

Polito se destacó del grupo y tomó de manos del camarero la copa y la botella. Descendió las escalerillas, y poniendo ante Julia Winslow la copa media de "whisky", la invitó:

—Beba usted un sorbito. No hay nada mejor para quitar los sustos

La muchacha no tuvo más remedio que llevarse la copa a los labios, retirándola con presteza no bien hubo probado el líquido infernal. Miguel, poniéndose en pie y tomándola de un brazo para ayudarla a levantarse, le dijo:

—Suba usted a mi yate. Allí podrá cambiarse de ropa y olvidar el accidente.

—No, se lo agradezco mucho, pero no puedo... Debo volverme a casa.

—Pero, por lo menos, un momento...

—Le aseguro que no me es posible. En casa me están esperando.

—¿Decididamente, se niega usted?

—Decididamente. Lo único que le ruego es que alguno de ustedes tenga la bondad de conducirme a tierra.

Polito, versallesco, se inclinó ante Julia.

—Si usted me lo permite, yo reclamo ese honor...

Pero ya Miguel se había sentado de nuevo y empuñaba el volante.

Desde la balconada del yate, Flora le llamó:

—Oye, Miguel...

—¿Quéquieres?

—Deja que Polito la acompañe. Tú tienes ya demasiadas emociones por hoy.

Miguel no contestó. Pero cuando el pollo "cañón" ponía un pie en la pequeña embarcación, dió marcha, y el insigne Polito cayó al agua, y allí quedó debatiéndose en la estela de la canoa.

COLECCIÓN DE CUENTOS REGIONALES

Cuenticos baturros

Cuentos valencianos

Cuentos andaluces

Cuentos asturianos

25 céntimos el libro

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

que entre todos se establece una
gran amistad que no tiene igual en el mundo.
y cada uno de los amigos es un tesoro
que se obtiene difícilmente. Pero
meses y años pasan y
el amor sigue siendo el mejor.

IV

—Si no es mucha indiscreción, ¿me permite usted hacerle algunas preguntas?

—No es indiscreción; pregunte usted lo que guste.

Hablaban Miguel y Julia, mientras la lancha cortaba las aguas en dirección al no muy lejano embarcadero.

Miguel empezó sus preguntas:

—¿Por qué tiene usted tanta prisa por volver a su casa?

—Porque me esperan allí.

—¿Quién?... ¿Sus padres?

—No... Soy huérfana.

—¿Entonces... su... marido?

—Menos aún... Soy soltera.

—¡Ah!

—Quien me espera es mi tutor.

—¿Y es que le teme usted a su tutor?

—Sí. Y es un miedo justificado... El, por mi bien, naturalmente, no me deja volar; y para mí, la vida no me ofrece más ilusión que esa.

—¿Ninguna más?

—Ninguna más... Como, afortunadamente, soy rica y puedo disponer de dinero, me he hecho construir un hangar cerca del embarcadero, y desde allí suelo hacer mis escapadas aéreas con el "hidro" que acaba de caer al mar.

—Respiro... ¿La he molestado mucho con mis preguntas?

—De ningún modo... ¿Qué menos podía hacer por mi salvador que responder a ellas?

Mientras tanto, en el yate, Flora y Polito, alejados de los grupos de invitados, comentaban el reciente acontecimiento. Por primera vez el jocundo cuarentón estaba serio, y quizás había en su voz un trémulo de inquietud al decir a su hermana:

—Estoy creyendo que a tu flirt le gustan todas.

—Déjalo. Es a mí solamente a quien escribe cartas de amor.

—¿Y bien?...

—Esas cartas, que guardo como reliquias, son mis armas... Cuando yo me divorcie, libre él, libre yo, no tendrá más remedio que casarse conmigo.

—¡Flora! —dijo Polito a su hermana, abrazándola con entusiasmo—, eres digna de mí!

Julia y Miguel habían llegado al desembarcadero. Allí aguardaban los autos de los

huéspedes del yate, y el millonario, tomando al azar uno de ellos, condujo a Julia hasta su casa.

Esperaba la muchacha entrar sin ser vista, pero para desg:acia suya, su tutor—un hombre viejo y malhumorado—estaba a la puerta, seguramente esperándola. Se despidió ella de Miguel, y avanzó hasta la casa, después de haber dejado escondidas en el coche las prendas de aviación.

El tutor le salió al encuentro.

—¿De dónde vienes?

—De... de dar un paseo con un amigo— respondió ella, señalando a Miguel, que en el auto esperaba el final de aquel diálogo.

—¡Mientes!

—¡No tiene usted derecho a insultarme!

—¡Vienes de volar! ¡No lo nieges! ¡Te he visto caer del "hidro"!

—Y aunque fuese así, ¿qué?

—¡Que mi paciencia se ha agotado ya! ¡Tengo poderes para imponerte un correctivo, y te lo impondré! ¡Entra! ¡Vamos a arreglar este asunto de una vez y para siempre!

Entraron. Delante el tutor, detrás Julia. Y la mano de la muchacha quedó un segundo tras ella, revoloteando en el aire, como una paloma blanca, en una despedida cordial a Miguel.

Miguel no volvió al yate. Se fué directamente a su casa. Necesitaba estar a solas para evocar la figurita grácil, el lindo rostro de su gentil aviadora.

— ¡Estaría enamorado? Se echó a reír, de buena gana. ¡Enamorado él, el favorito de las muchachas, el hombre por quien suspiraban las mujeres y que no era raptado porque no había querido dejarse raptar!...

Hizo examen de conciencia.

¿Qué había sido su vida hasta entonces? Una larga sucesión de placeres, que habían dejado en su paladar un sabor desagradable, como en el despertar después de una orgía.

Había conocido a muchas mujeres, era cierto; había tenido flirts y amoríos en abundancia. Pero aquellas perodias del amor verdadero no le satisfacían. Había comprendido que las mujeres que había tenido en sus brazos, no le amaban a él, sino a su cuenta corriente. Y había acabado por sentirse asqueado.

do de aquel mundillo ambicioso que le rodeaba.

Por eso, ahora, al conocer a una muchacha que, a pesar de ser rica y de carácter aventurero, como lo probaba su afición a volar, saltando por encima de la oposición de su tutor, no pertenecía a su pandilla, ni se parecía en nada a las otras muchachas que le rodeaban habitualmente, empezaba a sentirse interesado por ella.

Por eso había huído del bullicio del yate, para, solo en su casa, enfrentarse mentalmente con la dama de sus pensamientos.

Pasó todo el día entero entre las cuatro paredes de su mansión, sin otra compañía que su perro "Bud". Por la noche le llevaron el periódico que daba cuenta del accidente del "hidro" y publicaba la fotografía de la aviadora. Y Miguel, enseñándosela a su perro, le dijo:

—¿Qué te parece, "Bud"? Linda mamá, ¿eh?

El inteligente animal respondió con un ladrido, que equivalía a una afirmación entusiasta.

En aquel momento llamaron a la puerta. Miguel prestó atención, y no tardó en oír la voz de Flora Atfield, que hablaba con el criado que había salido a abrirle.

Hizo un gesto de contrariedad, y se tumbó

en un diván, resignándose a aguardar el charrón que iba a caerle encima.

Flora penetró en la estancia. Airadamente. Y con la desenvoltura de quien entra en su propia casa. Se cuadró ante Miguel.

—¡Muy bonito! ¡Muy correcto! ¡Muy digno de ti!... ¿Conque fugándote con una dama y olvidándote de regresar al yate?

—Mujer, me parece que tengo derecho a descansar.

—¿Por qué no descansas en el yate? ¿No hay allí camarotes? ¿No hay todas las comodidades?

—Sentía la necesidad de descansar en tierra firme.

—Bien. Haz lo que gustes.

Flora le volvió la espalda y se puso a arreglarse ante el espejo. De pronto le preguntó:

—¿Le has dicho a tu aviadora que somos prometidos?

—No.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Creía que era un secreto. Como tú aún no estás divorciada de tu marido...

—¡Un secreto!... En todo caso, un secreto a voces.

—Tú se lo has dicho a tu marido?

—Para qué, si pienso divorciarme... si estoy gestionando el divorcio?

Hubo otro silencio. Flora terminó con mu-

cha calma de arreglar su maquillaje ante el espejo; tomó un cigarrillo de una cajita; dió una chupadas; arrojó algunas bocanadas de humo... Y después, con una lentitud estudiada, se acercó al diván donde Miguel seguía en posición horizontal.

—Querido—le dijo—, los jóvenes que quieren ahorrarse enojosos compromisos, han de ser más prudentes.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, simplemente, que cuando no se tiene el propósito de casarse con una mujer, no se le deben de escribir cartas de amor.

—¿Es que crees que esas cartas me obligan a casarme contigo?

—No es que lo crea; es que lo sé... Las leyes están de mi parte, querido. Por esas cartas de amor, yo renuncio a mi marido, a mi bienestar, a mi felicidad conyugal. Justo es que encuentre en otro lado el hogar que ahora abandona.

—Quién te ha instruído tan bien? ¿tu abogado?

—Efectivamente.

Miguel se quedó un rato pensativo. Al fin se incorporó, quedando sentado en el diván, y contempló a Flora, que se paseaba lentamente por la pieza, con el empaque de una alta dama ofendida en su dignidad. La con-



—Sabes cómo me dominan todos los vicios.

templó, como un general en jefe contemplaría con sus prismáticos al enemigo, para darse cuenta de su importancia antes de iniciar el combate. Y el resultado de su contemplación no debió de serle muy satisfactorio, por cuanto, endulzando la voz cuanto pudo, dijo:

—Con sinceridad, Flora... Yo soy muy vulnerable para marido.

—¡Bah! Yo te curaré.

—No podrás. Soy un caso incurable. De ningún modo soy el hombre que te conviene...

—Eso ya lo veremos con el tiempo.

—Tú me conoces ya... ¡Sabes cómo me dominan todos los vicios: el juego, el vino, las mujeres!

—Te quiero tal como eres.

—Sufrirás a mi lado, Flora... Serás mi esclava, mi víctima. Créeme, Florita, lo que debes hacer es ordenar que cesen los trámites de tu divorcio y volver al lado de tu marido. Es tiempo aún.

—¡Jamás!

—Pero, mujer, comprende que te lo digo por tu bien... que vas a ser muy desgraciada...

—¡He dicho que jamás! ¡Tú olvidas, Miguel, que me he sacrificado por ti!

—¡Bah! ¡Sacrificio!... Sacrificio, según el Diccionario, es algo que uno da forzadamente.

—¡Pues entonces, tú te sacrificarás también... ante el altar!

VI

Al quedarse solo, Miguel tomó un aire consternado y, dirigiéndose a su perro, le dijo:

—¡Me parece, "Bud", que si no abrimos bien los ojos, vamos a tener que aguantar otra mamá rubia!

Se puso a dar paseos agitados por la habitación. Al cabo de un rato, como si hubiese adoptado una resolución, buscó la guía de teléfonos y en ella el nombre de Julia Winslow.

Fué ella misma la que se puso al aparato. Miguel, con la alegría bailándole en los ojos y en la voz, le habló:

—¿Cómo está usted, Julia? ¡Cuánto tiempo sin verla! ¡Me parece que han pasado siglos desde nuestro conocimiento!... ¿Ha arreglado usted las cosas con su tutor?

—¡No me hable usted! ¡En buen aprieto estoy!

—Pues, ¿y eso? ¿Qué sucede?

—No es esta ocasión de dar explicacio-



- Casémonos usted y yo.

nes... Pero créame usted que estoy tan desesperada, que por salir de aquí... me fugaría con el chófer.

—¡No, por Dios! ¡Deje en paz al chófer! ¡Voy en seguida a buscarla!

Y colgando el auricular, Miguel salió de su casa como una tromba. Corrió al garage, situado en los bajos de su mansión, y montando en uno de los coches que allí se encontraban, partió a toda velocidad. Unos minutos después estaba en presencia de Julia

Winslow, que ya le esperaba en el jardín de su casa.

Se saludaron con efusión, y cuando el encontró la oportunidad, le preguntó:

—Bien. ¿Qué hay de esa fuga?

—Déjese usted de bromas ahora... Mi tutor quiere llevarme a Iowa y encerrarme en un pensionado.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no renuncio a volar.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—No lo sé aún... Pero desde luego, cualquier cosa menos dejarme encerrar.

—Yo también tengo mis contrariedades...

—¿Usted?... Yo le creía tan libre, tan di-
choso...

—Apariencias solamente... Ya ve usted, y quieren casarme a la fuerza.

—A la fuerza?

—Sí. Hay por medio ciertas cartas comprometedoras.

—¡Ah!

—¿Por qué no hacemos una cosa? ¡Acaba de ocurrírseme una gran idea!

—¿Qué es?

—Casémonos usted y yo.

—¿Qué dice usted?

—Así seríamos completamente libres... Usted podría reírse de su tutor, y yo de mi futura esposa.

—Pero... si apenas nos conocemos!
 —Eso tiene fácil remedio; nos iremos conociendo poco a poco.
 —No, no... de ninguna manera... es una locura.
 —Pero, ¿por qué? Se trata solamente de una fórmula para alcanzar la libertad... un matrimonio de nombre solamente...
 —¿Cómo?
 —Quiero decir... usted... y yo...
 —Sí, comprendo... usted... y yo... no...
 —Justamente. Eso mismo quería decir.
 —Ya entiendo, ya... Un negocio, ¿no?
 —Exacto... Nos separaremos inmediatamente después de la ceremonia. ¿Acepta usted?
 —Si me da usted su palabra de que nos separaremos enseguida...
 —¡Mi palabra!
 —De que se portará usted como un caballero.
 —¡Mi palabra!
 —Acepto, pues.
 —Gracias, gracias... Yo llevaré a mi yate un magistrado, y así nadie lo sabrá, excepto nosotros, el magistrado y los testigos.

Al día siguiente el yate de Miguel Towne estaba deserto. Los invitados habían ido a instalar en la playa su campamento, y sólo se hallaban a bordo los oficiales y los mariñeros.

Por la tarde, en una lancha, llegaron Julia, Miguel y un juez de paz, facultado para enlazar a las parejas con los vínculos del matrimonio. La ceremonia se llevó a cabo en el salón del yate sin la menor pompa. La novia vestía un traje blanco de "soirée", y el novio de "frac". Entre las manos de ella, un gran ramo de flores, que constantemente se le caía al suelo, sin duda a causa de la emoción.

Se pusieron en pie ante el magistrado, y en calidad de testigos asistieron el capitán y el primer oficial del yate. Antes de pronunciar el "sí" que debía de ligarla, aunque fuese temporalmente, a Miguel, Julia vaciló y miró con cierta desconfianza al hombre que tenía al lado. Pero había tanta lealtad, tanta nobleza

en el rostro de él, que al fin ella se decidió a tomarle por esposo.

Terminó la ceremonia. Un criado acudió prestamente con una botella de champán y tres copas; pero las copas quedaron reducidas a dos, pues Miguel se apresuró a despedir al hombre que los había casado.

Y así, quedaron los dos frente a frente.

Miguel destapó la botella, que puso en lo violento de la situación el estampido alegre de su taponazo. Llenó la copa de "su esposa" y después la suya. Y brindó:

—¡Por el matrimonio ideal!

—¿El nuestro?—preguntó Julia, intentando ocultar su turbación con una actitud frívola.

—Sí, el nuestro.

Rieron. Y bebieron. Después Julia tomó su amplia capa, compañera del albo vestido, que había dejado sobre una butaca, y se la echó sobre los hombros, haciendo ademán de partir.

—No se vaya usted aún—le suplicó Miguel.

—Nada tengo ya que hacer aquí. Y se va haciendo tarde.

—Un poco más, Julia... sólo un poco más... Vaciló la muchacha. No quería quedarse,

porque su instinto le avisaba del peligro que corría; pero tampoco quería desairar a aquel hombre que se había portado con ella caballerosamente, y gracias al cual podía disfrutar ahora de una libertad absoluta para poder entregarse a su placer favorito: volar, sentirse ave en la inmensa soledad del espacio.

Sintió Miguel el alma de ella más cerca de la suya que antes, y se le acercó, diciéndole con voz dulce y emocionada:

—Siempre ha sido mi sueño dorado llegar a comer a solas con mi propia esposa... querría usted hacer realidad este sueño, Julia?

Le faltó a ella valor para negarse. Accedió. Y Miguel llamó a un criado para ordenarle que pusiera la mesa allí mismo, en el sólon.

Comieron a solas, como un matrimonio.

Empezaron por sentarse cada uno en un extremo de la mesa, pero después, Miguel, alentado por las palabras amables de su esposa y, sobre todo, por su sonrisa cordial, fué acercándose más y más, hasta sentarse a su lado.

Transcurrió la comida apaciblemente, y ya a los postres, Julia, quedándose repentinamente seria, le dijo a Miguel:

—Creo que no está bien lo que hacemos.
 —¿Por qué?
 —No lo sé... pero me da miedo jugar con algo tan solemne como el matrimonio.
 —¿No se casan otros por amor, por dinero, por una posición social?
 —No es lo mismo...
 —Sí, es lo mismo. Nosotros nos casamos por obtener nuestra libertad.

VIII

La luna riela en el mar, arrancando a las aguas cabrilleos de plata. Hay en la quietud de la bahía, en el panorama que se divisa desde la puerta abierta del saloncito, una gran serenidad. El hombre se siente pequeño ante la grandeza del espectáculo que le rodea. ¿Qué es el ser humano al lado de esa luna que le contempla, de esos millones de mundos que son las estrellas? Un minúsculo, un insignificante insecto. Pero ese insecto es terriblemente fatuo y vanidoso. Se figura que todos los ojos de todos los habitantes de la Tierra, y quizás los de los habitantes del Cosmos, están fijos en él, para censurarle sus acciones y criticarle sus debilidades. Para él, hay una cosa profundamente respetable: la sociedad, las conveniencias sociales. A ella sacrifica sus instintos y sus deseos, por el "buen parecer"...

Pero, ¿no es eso pueril? ¿No es una ridícula pretensión el tratar de aparentar que se es el centro del Universo, cuando se tiene la



Se celebró la ceremonia.

importancia de un simple gusano o de la hoja de un árbol? ¿No es absurdo complicarse la vida con mil leyes y prohibiciones, cuando frente al Hombre la Naturaleza se nos imuestra a todas horas en su magnífico impudor?

Así pensaban—unidos por un pensamiento idéntico — Julia y Miguel, contemplando la magia del plenilunio, en el yate dormido, sobre las aguas quietas.

Los dos — él aceptando el curso de los acontecimientos; ella rebelándose contra el enervamiento que se apoderaba de su ser—

se sentían dominados por el sortilegio de la hora embrujada. ¡Amor! ¡Amor! Todo, para ellos, repetía la dulce palabra; lo decía el leve rumor del mar; lo decían los árboles lejanos al mover sus copas al impulso de la brisa.

Allí mismo, a pocos pasos, en al cubierta del yate, una pequeña orquesta de Honolulú iba desgranando los compases lánguidos de una música tropical, una música plena de sensualidad...

Estaban sentados en un sofá. Julia había intentado ya varios veces levantarse para quebrar el embrujamiento, pero seguía allí, prisionera de su languidez, escuchando las palabras cálidas que Miguel vertía en sus oídos.

—Julia... me he enamorado de mi propia esposa... Este momento vale por toda una vida...

—No me hable usted, se lo suplico...

—¿Por qué no, Julia?... El amor ha venido a nosotros... no hemos hecho nada para buscarnos... ¿Qué nos importa que se presente repentinamente, como los relámpagos en una noche de verano?... Aceptémoslo tal como viene...

—Eso no es amor... Yo, al menos, no lo concibo así...

—¿Cómo lo concibe usted entonces?



- ¡Por el matrimonio ideal!

—Para mí, el amor ha de nacer de una amistad larga y fraterna... una amistad en que haya respeto... y comprensión...

Hizo ademán de levantarse. Pero Miguel la retuvo, y ella ya no tuvo fuerzas para resistir. La besó él en la frente, en los ojos, en las mejillas, en la boca... Y sus almas se fundieron en un abrazo prolongado, mientras los compases de la música hawaiana llegaban hasta ellos, envolviéndolos en una ola de sensualidad.

IX

Cuando Miguel Towne se despertó, a la mañana siguiente, el sol entraba a raudales en su cámara, deslumbrándole, cegándole.

Todavía entre sueños, llamó:

—Julia... Julia...

Sonriendo, creyéndola dormida, extendió la mano, buscando en el lecho el cuerpo de su esposa. Pero no había allí nadie más que él... y un anillo. El anillo que, durante la ceremonia nupcial, había puesto en el dedo anular de Julia.

Se despertó del todo y saltó de la cama, comprendiendo a medias que la mujer amada había desaparecido.

Llamó a los criados, a los marineros, a los oficiales... Nadie pudo darle razón del paradero de su esposa. Presagiando una desgracia, se vistió con celeridad.

Mientras tanto, en la playa cercana, la pandilla de Miguel se entregaba con entu-



La besó en la frente, en los ojos, en la boca...

sismo a los ejercicios matinales, a pleno aire y a pleno sol.

De pronto, Polito reparó a lo lejos en una mujer que nadaba precipitadamente con el fin, al parecer, de ganar cuanto antes las rocas de la orilla, en el sitio donde la playa terminaba. Requirió los gemelos y no tardó en reconocer a la nadadora. Entonces llamó con disimulo a uno de sus compinches, y le dijo:

—¡Fíjate! ¡Es la muchacha del “hidro”!

Ya había llegado a las rocas Julia Wins-

low, que tal era la nadadora, y al advertir la presencia de los bañistas, se daba prisa a desaparecer por otra playa que contigua había. Pero Polito no quería dejar escapar aquella ocasión de satisfacer su curiosidad, y echando a correr en persecución de la muchacha, no tardó en alcanzarla. Sin darse por enterado de su turbación ni de lo extravagante de su vestimenta—iba en combinación y cubierta con un chubasquero que mientras nadaba llevaba colgado a la espalda, como una mochila, y que se había puesto en plena carrera, al verse perseguida—, le preguntó:

—Pero, ¿qué significa esto? ¿Cómo usted aquí?

—Pues... pues... yo... ¿sabe usted?... yo me baño siempre antes del desayuno.

Sonrió Polito imperceptiblemente, pues en sus cuarenta años de vida nunca había visto bañarse a ninguna muchacha en combinación y con chubasquero, y añadió, solícito:

—¿Me permite usted que la acompañe a su coche?

—El caso es que... no tengo el coche aquí...

—¿No?

—No. He venido a pie. Me gusta mucho andar.

—¡Ya!

Polito miró a los pies de Julia, descalzos,

y pareció comprender. Pero era hombre de mundo y supo callar su descubrimiento.

—Mi coche está aquí mismo... Si usted quiere, tendré mucho gusto en dejarla en su casa.

—No... no se moleste... ya iré a pie...

—¡De ninguna manera, señorita! Yo no la dejo a usted hasta verla en su casa.

No hubo más remedio que aceptar, y un poco después el coche de Polito se detenía ante la casa de Julia. El tutor estaba a la puerta, con el aire más malhumorado que nunca. La muchacha, despidiéndose precipitadamente de Polito, corrió hacia él, temiendo una catástrofe, y con voz temblorosa le dijo:

—Le extrañará que vuelva tan tarde, ¿verdad?... pero... ahora dentro le explicaré...

—¡No entre usted! ¡No tiene explicación el haber pasado fuera toda la noche!

—Pero... yo no hice nada malo...

—¿Nada malo, eh? ¿Y esta ropa?

No esperó respuesta el hombre. Volvió la espalda y entrándose en la casa dió a su pupila con la puerta en las narices. Polito, entonces, corrió hacia ella.

—No se apure usted... Dé orden a su doncella que le manden sus cosas a casa de mi hermana. Allí pensará usted con calma lo que le conviene hacer.

Obedeció Julia, y unos momentos después

cubierta con el abrigo de Polito, se apeaba a la puerta de la casa de Flora Hatfield. El cuarentón la dejó en una salita coqueta, diciéndole:

—Voy a prevenir a mi hermana... Un momento nada más...

Entró en la habitación de Flora con aire triunfal.

—¡Grandes noticias, mi señora hermana! ¿Sabes la chica del "hidro"? Esta mañana se ha escapado a nado del yate de Miguel.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes... Yo mismo la he visto.

—¿Y dónde está ahora?

—Su tutor la ha puesto en la calle... y yo me la he traído aquí.

—¿Aquí?

—Sí; abajo está. Conviene que no la pierdas de vista, no sea que vaya a colocarse entre Miguel y tú y te desbarate los planes.

—Has hecho bien. Vamos a verla.

Bajaron los dos a la salita, y Flora, gran comedianta, adoptó una actitud de nobleza y de cordialidad que conquistó inmediatamente a Julia Winslow, ganándose su confianza.

—Nada, no me diga nada... Usted se queda aquí hasta que a su tutor se le pase el enfado.

—¡Le digo a usted que no está... que su tutor la ha echado de casa! ¡Hablo tal vez en chino?

X

—Pero, ¿adónde ha ido?

—Lo único que sé es lo que ella misma me dijo: que le mandase el baúl a casa de la señora Hatfield.

—¿De Flora?

—¡Del diablo!

Y la doncella de Julia colgó el auricular, dejando a Miguel Towne con la palabra en la boca. Saltó éste a su auto y partió a toda velocidad a casa de su verdugo. Pero en el "hall" Polito le salió al encuentro y le dijo:

—Mi hermana no está en casa.

—No es a ella a quien vengo a ver, sino a la señorita Winslow.

—¡Pues tampoco está!

Dió el joven un empellón a su futuro y problemático cuñado, y se lanzaba ya a la escalera, cuando en lo alto de ella apareció



Miró la letra del sobre.

Flora, erguida y majestuosa como una reina.

—¿Qué sucede, querido?

—Sé que Julia está en esta casa, y no consentío de ningún modo que siga aquí!

—Pero, ¡por Dios, Miguel, hablas en amo y señor!... No seas ansioso; no va a pasarse toda la viad en tu yate.

—¡No la insultes!... ¡Amo a Julia... y vengo a llevármela!

—¡Nunca!... ¡me llevarás a mí!

No era cosa de emplear con una dama la

superioridad de su fuerza, aunque esa dama se llamase Flora Hatfield, y Miguel hubo de salir a la calle, no sin dar al ameno Polito otro soberbio empellón.

Salió de allí con tan mal talante, que al doblar la esquina con su auto, hubo de chocar con un camión que avanzaba en dirección contraria. Se propinaron los dos conductores los denuestos que son obligatorios en tales casos; pero de pronto Miguel se fijó en un baúl que el camión conducía, marcado con las iniciales J. W. Comprendió que aquel baúl no podía ser otro que el de Julia, y poniendo un billete de los grandes entre las manos del conductor, consiguió que éste le prestase su traje y le dejase llevar el baúl hasta la misma habitación que Julia ocupaba.

Cuando entró en la alcoba, "con el mundo a la espalda", la señorita Winslow, o si se quiere, la señora Towne, lloraba amargamente tendida en el lecho. Tan amargamente, que no advirtió que un hombre acababa de entrar en su habitación, y que ese hombre era nada menos que "su marido". Fué preciso que él la tocase en un brazo para que levantase la cabeza. Se incorporó en la cama y lo miró con estupor.

—¿Usted aquí?

—Julia—balbuceó Miguel—, no se quede aquí... Este sitio no es para usted.

—¿Quién es usted para juzgar a los demás?

—Julia... le ruego... escúcheme...

Ella se levantó y lo miró con rencor, con odio.

—¡Es usted un miserable! ¡Yo confié en usted... creí en su palabra!

—Perdóname, Julia... Estaba loco...

—¡Perdonarle!

—La quería... la quiero... No fuí yo, sino el momento... Creí que usted era capaz de amarme también...

—¿Cómo se atreve a hablarme de amor?

—Pero, Julia...

—¡Salga usted! ¡No quiero verle!

Había fracasado la entrevista; aquella entrevista en la que Miguel había puesto todas sus esperanzas de acercamiento, de reconciliación.

Salió de allí desalentado. Pero al día siguiente, el nuevo sol le devolvió el optimismo y la confianza. Se vistió de punta en blanco y se presentó en el hangar de su esposa, en el momento en que ésta probaba el hidro que acababa de encargarse. Para llegar hasta ella se hizo anunciar como su tutor; mas la estratagema no le dió el menor resultado.

La muchacha, encaramada en lo alto del

aparato, se valió de su superioridad y de su altura para abrumarle a fuerza de burlas y humillaciones. Como él, para hablarla, debía permanecer pegado a la cola o a las alas del "hidro", ella, desde su puesto de mando, movía a su placer las aletas del aparato, propinando a su marido algunos golpes nada agradables cada vez que el hombre se arrimaba al pájaro de acero. No paró hasta hacerle caer al mar, y entonces, viéndole tan mojado, tan ridículo, y sin abandonar aún el tono suplicante que había adoptado desde su entrada, se echó a reír a carcajadas, satisfecha de haber llevado a cabo aquella pequeña venganza.

XI

Cada día llegaban a manos de Julia cartas, muchas cartas, innumerables cartas. Todas escritas con la misma letra y con el mismo estilo. Cartas apasionadas, en que Miguel se sinceraba ante su esposa, pedía perdón humildemente, lamentaba y maldecía su equivocación. En el "delito" que se había cometido, él había sido el Hombre, era cierto, pero el verdadero culpable fué el Momento. Es decir: la noche, el plenilunio, el sortilegio de la orquesta, el rumor del mar... No era para hacer pagar tan caro aquel pecado de amor!

Julia leía alguna de aquellas cartas. Pero entonces se sentía dominada por una rabia sorda, por un despecho infinito. Y además, sentía unos grandes deseos de llorar. ¿Por qué? Ella misma no sabía explicárselo. Se creía burlada, engañada por aquel hombre en quien había puesto su confianza... Y había instantes en que no sabía exactamente si le odiaba a él o si se odiaba a sí misma.

Un día cogió todas las cartas que había ido amontonando sin abrirlas, y las rompió. Después se dejó caer sobre un sofá, para llorar a sus anchas.

Hacía un rato que así estaba, cuando Flora entró en su habitación, y después de contemplarla unos minutos, le dijo:

—Hace usted mal en sufrir así por Miguel, querida.

—Pero si no sufro!... ¡Si le aborrezco!

—No piense más en él entonces... Yo le aseguro que no lo merece.

Y, sentándose a su lado, añadió en tono confidencial:

—Lo que debe usted hacer es demostrarle que él no le importa, que sabe usted reírse de sus absurdas pretensiones.

—Sí, tiene usted razón! ¡Se lo demostraré!

—¿De veras?

—¡Salmamos! ¡Vayamos a un sitio donde haya diversión, y baile, y bullicio! ¡Quiero disfrutar de la vida... beber en la copa de todos los placeres! ¡Salmamos!

—Así quiero verla, amiga mía! Me proporciona usted una verdadera alegría.

Salió Flora de la habitación, y Julia se puso a vestirse. Con refinamiento. Con co-

quertería. Sacó de su baúl las prendas más ricas, las más exageradas. Se pintó. Se maquilló. Un observador superficial creería que, en efecto, aquella mujer estaba anhelando disfrutar de los placeres locos que ofrece a la juventud el mundo de la trasguerra. No sospecharía que el único deseo que llenaba el corazón de Julia Winslow, era aturdirse, olvidar...

XII

Media tarde. Miguel Towne se hallaba solo en su mansión confortable. Bebía. También él sentía la necesidad de aturdirse y olvidar.

Un criado llamó discretamente a la puerta, y obtenida licencia para entrar, puso en sus manos una carta que, por el perfume que exhalaba, pregonaba a la legua su procedencia femenina. Miró la letra del sobre. Era de Flora.

Tentado estuvo de arrojarla al cesto de los papeles sin abrirla, pero la curiosidad pudo más que el desprecio, y la leyó:

“Querido Miguel:

Sólo dos líneas, para abrirte los ojos. Si quieres convencerte de lo que te importas a la dama de tus pensamientos, ven esta noche al Baile Submarino.

Siempre tuya,

Flora.”

Estrujó la carta con rabia y la tiró a un rincón. Despues se levantó pesadamente y se acercó al cesto de los papeles. Rebuscó allí y dió por fin con un tarjetón impreso, que decía lo siguiente:

“Baile Submarino. IX

La Junta Directiva tiene el gusto de invitarle a usted al Baile Submarino que se celebrará en el Club de Santa Cristina el jueves, 9 de junio. Desde las ocho de la noche... hasta Dios sabe cuándo.”

Miró el reloj. Las seis. Tenía el tiempo necesario para salir a tomar un poco el fresco, para despejar su cabeza, demasiado cargada de vapores de alcohol, y vestirse para asistir al baile.

No quiso llegar de los primeros. A las diez de la noche se presentó allí.

El Club de Santa Cristina, punto de cita de la gente de trueno que veraneaba por los alrededores, ofrecía un aspecto deslumbrador, y, sobre todo, original.

La sala estaba rodeada de grandes vitrinas llenas de agua y con algas y plantas submarinas en el fondo, en las cuales nadaban a su placer unas cuantas ondinas a sueldo. A través de los vidrios se seguían sus graciosas evoluciones.

En el salón reinaba el mayor bullicio. Los estrépitos del “jazz-band” se unían a los gritos y a las carcajadas de los concurrentes. Se bailaba. Se bebía. El “champagne” y los licores fuertes corrían en abundancia, a pesar de la ley seca, cuyos esbirros sabían, en ocasiones, hacer la vista gorda. Ninguno de los presentes estaba completamente sereno; el que más, veía cómo el salón daba vueltas en torno de él.

Lo primero que hizo Miguel, al llegar, fué buscar con la vista a Flora. No tuvo que perder mucho tiempo. Pasó la aventurera bailando junto a él, y señalando hacia el fondo del salón, le dijo:

—Allí la tienes... Cuando tú vienes, querido, otros se van.

Miguel dirigió la vista hacia el punto qu-

Flora acababa de indicarle, pero solamente vió a un grupo de jóvenes cubriendo con sus cuerpos un mostrador donde, seguramente, se despachaban bebidas alcohólicas. Pero se hizo un movimiento en el grupo, que permitió al millonario divisar a Julia, sentada sobre el mostrador, con una copa de "champagne" en la mano, y riendo locamente.

Furioso, se acercó allí, pero Julia, al verle, se abrazó a un joven de los que allí estaban y salió dando vueltas por el salón, a los acordes de un "fox".

Salió Miguel tras ella y obligó al jovenzuelo a cederle la pareja, cosa que no le costó gran trabajo, pues el "pollo", al ver la estatura y, sobre todo, la actitud del millonario, comprendió que llevaba "las de perder".

Sin embargo, no pudo bailar con Julia. Ella se le escabulló de entre los brazos y atravesó corriendo el salón. Miguel, perdido el tino, la siguió, y en el jardín pudo alcanzarla. Entonces la cogió de un brazo y la obligó a sentarse en un banco, a su lado.

—Estoy resuelto a que hablemos, y haremos.

—Puesto que usted *lo manda*, hablemos.

—Julia, este ambiente no es para frecuentado por usted!

—¿Desde cuándo se ha vuelto usted tan puritano?



—Julia, me porté mal.

—¡Desde ahora mismo!

—¿Y si yo me río de sus consejos?

—Tendré entonces que recordarle que es usted mi esposa!

—¡Su esposa!... ¡Precisamente, eso es lo que estoy tratando de olvidar!

Y, rápida, sin que Miguel pudiera impedirlo, echó a correr, y encaramándose con agilidad a la parte alta de las piscinas, se arrojó al agua con el costoso traje de "soirée" que llevaba. Tras ella, completamente ebrio, se

arrojó el jovenzuelo que poco antes había cedido su pareja.

Miguel estaba desesperado. Se veía en ridículo una vez más por aquella muchacha, a la que amaba más y más a cada nueva locura. Su exasperación llegó al colmo cuando vió que el jovenzuelo se acercaba nadando a Julia y que ella, sin duda para afrentarlo más, lo besaba en la boca.

Entonces ya no se contuvo más. Bajó rápidamente al salón y lanzó contra la vitrina una botella de "champagne".

¡La hecatombe!

Se rompió el vidrio, y toda el agua de la piscina salió como una tromba, inundando el salón. Hubo gritos, desmayos, carreras.

Miguel, aprovechando la confusión, tomó en sus brazos a su esposa, a pesar de sus protestas, dió un empellón a Polito, que trataba de cerrarle el paso, y subió a su coche, que poco después se perdía en las sombras de la noche.

Julia se quedó sola en la habitación, sin saber qué hacer ni qué decir. Se acercó a la vitrina, la observó, la tocó, la revisó, la contempló, la admiró.

XIII
Adaptado de la edición de 1923 de la revista "Bohemia". Estas páginas fueron escritas en 1923.

Miguel entró con su esposa en la habitación más confortable de su casa. La dejó a ella suavemente en el sofá, bien arropada en una manta, y encendió la chimenea. Despues se acercó a ella, por detrás del sofá, sin atreverse a sentarse a su lado.

—Julia... me porté mal, lo reconozco... muy mal. Soy un gran culpable... pero los mayores culpables son también perdonados... ¿No hay en tu corazón un poco de perdón para mí?

Ella calló, con gesto rencoroso.

—Entonces... todo ha terminado?

Julia siguió callando. Miguel ahogó un suspiro y se encaminó a un mueble de la estancia, de uno de cuyos cajones sacó el vestido de boda de Julia, que todavía conservaba en el broche de la hombrera una flor que él había colocado allí. Una flor marchita, como sus breves amores.

Con el rabillo del ojo, Julia seguía todos los movimientos, interesada a pesar suyo.

Cuando vió que Miguel volvía a acercarse a ella, volvió a cubrir su rostro con la máscara del enfado y el rencor.

—Julia... quisiera pedirte un favor... el último...

—Usted dirá...

—Aquí está tu vestido de boda... Estabas tan bonita con él... ¿No querías ponértelo una vez más, para mí solo?

Julia tomó el vestido y lo estrechó contra su corazón, emocionada. También ella contempló la flor marchita, y el recuerdo que ella le traía, aumentó su emoción.

—Sí—dijo simplemente.

Miguel pasó a la habitación contigua, y una vez encerrado en ella, no pudo contener la alegría que le invadía, y se puso a saltar y a bailar como un chiquillo. Sin embargo, las circunstancias nos demostrarán que estaba muy lejos todavía de poder cantar victoria.

—¿Por favor, explíqueme usted!... ¿Qué significa esto?

XIV

Vestida se hallaba ya Julia con su vestido nupcial, y muy dispuesta al perdón que tanto ambicionaba Miguel, cuando la puerta de la habitación se abrió bruscamente, y Flora Hatfield penetró con la seguridad y la desenvoltura de quien pisa terreno propio. Al menos, ella cuidaba mucho de llevar esta impresión al ánimo de su rival, la cual, aturdida y avergonzada, no sabía qué decir ni qué pensar.

La Hatfield saludó a Julia con una ligera inclinación de cabeza, y se dirigió a un mueble, que abrió, y del que extrajo algunas prendas de ropa interior.

Sin poder contenerse por más tiempo, Julia corrió hacia ella.

—¡Por favor, explíqueme usted!... ¿Qué significa esto?

Flora se volvió, y mirándola de arriba abajo con desprecio, le dijo:

—¡Infeliz!... ¿Se figuraba usted que me iba a quitar a Miguel?

—Pero... entonces...

—¡Yo soy la dueña de esta casa! ¿No lo ve usted?...

Y sacando todas las prendas de ropa que había en el mueble y arrojándolas al suelo ante el asombro de Julia, añadió:

—¡Usted vale para él lo que estos trapos!.. ¡A quien quiere es a mí! ¿No lo ve ahora bien claro?

—¡Oh... qué vergüenza!

—¡No supondrá usted que yo la llevé a mi casa por simpatía ni por compasión! ¡Lo hice solamente para alejarla de Miguel!... ¡Me he divorciado... he renunciado a todo... por él!... ¡Le amo!... ¡Mataría a quien se pusiese entre nosotros! ¡Lo mataría a él!

En el colmo de la indignación y de la vergüenza, Julia dió un paso hacia la puerta; quería huir de allí, respirar el aire de la calle, verse libre al fin de tanto oprobio.

En aquel momento Miguel acudía al oír las voces, presintiendo lo ocurrido. Julia no le dejó hablar, no le permitió explicarse. Salió de allí, y ya en la puerta, le gritó:

—¡No quiero volver a verle!... ¡No quiero ni aun vivir!

Y huyó. Tomó un taxi y ordenó al chofer:

—¡A mi hangar!

Miguel salió tras ella, desoyendo las voces de Flora, que trataba de retenerle allí.



Julia le dio una explicación breve.
Corrió al garage, y montando en uno de sus coches partió en dirección del hangar, sospechando que Julia habría tomado tal dirección.

En cuanto la muchacha llegó al hangar, ordenó que se le preparase el "hidro" sin pérdida de tiempo, a lo que el mecánico replicó:

—Señorita, yo, en su caso, no volaría con este aparato. Los flotadores no han sido probados todavía.

—Es lo mismo—respondió ella—; es de suponer que todo está perfectamente.

—¿Se empeña usted entonces en salir?

—Sí.

Mientras ellos hablaban, Miguel había conseguido introducirse en el hangar, sin ser visto, y un poco después se escondía en el hidro, en el compartimiento situado detrás del del piloto.

Desde su observatorio pudo ver y oír como Julia daba las órdenes, y rechazando el casco y las gafas, subía a instalarse en su puesto.

La hélice se puso en marcha con un ruido ensordecedor. El "hidro" se deslizó por la pequeña pendiente que había sobre el agua, y un segundo después patinaba sobre el mar encalmado de la bahía, con celeridad que iba en aumento, hasta que consiguió "despegar".

Bajo los aviadores fué extendiéndose el panorama de la ciudad, de las playas vecinas; después, la inmensidad del mar... Dejaron de verse vapores y lanchas. Soledad. Soledad absoluta, agrandada por el silencio de la noche.

Miguel salió de su escondite, y se puso a hablar a Julia a grito pelado. Pero el ruido del motor ahogaba sus palabras. No había en aquellas alturas otro lenguaje que el de la

mímica, y el joven, tocando en el brazo a su compañera para llamar su atención, y sin hacer caso de su gesto de estupor, trató de hacerle comprender que estaba allá arriba porque la amaba apasionadamente, porque no podía vivir sin ella... Tan expresiva fué su mímica, que, al inclinarse él hacia delante para dar más fuerza a sus ademanes, hizo perder el equilibrio al "hidro", el cual cayó al mar. Afortunadamente, los dos jóvenes salieron ilesos, y Julia, olvidando su rencor ante la inminencia del peligro, sólo pensó que tenía a su lado un hombre que la quería, y que a él debía confiarse.

La explicación fué breve. Los dos estaban deseando fundir sus almas en un abrazo de amor.

Al amanecer divisaron a lo lejos el yate de Miguel, que venía en su busca, y unos minutos después estaban a bordo. Cuando Flora, que iba en el yate, los vió instalados, sacó de su monedero un documento, y enseñándoselo a Miguel, le dijo:

—Aquí hay algo que te interesa... El certificado de mi divorcio... Ahora nada impide nuestro matrimonio... Estamos en alta mar; el capitán puede casarnos... y Julia puede servir de testigo.

Se levantó la muchacha sonriendo, y encarándose con Flora, replicó:

—Yo la complacería con mucho gusto...
pero sucede una cosa...

—¿Qué?

—Que estoy casada con Miguel.

Flora se quedó exactamente igual que si un rayo hubiese caído a sus pies. No supo si desmayarse; pero la ira no le permitía la quietud ni la posición horizontal que el desmayo exigía. Optó por marcharse inmediatamente.

Cuando bajaba la escalerilla del yate, Miguel le gritó a modo de despedida:

—¡Nos veremos en la iglesia!

LA FIERECILLA DOMADA

PROTAGONISTAS:

MARY
PICKFORD



DOUGLAS
FAIRBANKS



Célebres por sus
PRODUCCIONES

Es la más

deliciosa

y

FINA NOVELA

*Si quiere
deleitarse, no
deje de leerla.*



PEDIDOS A

Biblioteca Filmis - Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis